HISTORIA TODO ES
registra la memoria nacional
Director: Félix Luna

N° 398 Septiembre 2000 $ 6,50

INMIGRANTES

UN PROYECTO COLOSAL PARA LA GRAN ARGENTINA

RECORDANDO A SARMIENTO



TODO ES HISTORIA

registra la memoria nacional

Director: Félix Luna

Nº 398 Septiembre 2000 $ 6,50

INMIGRANTES

UN PROYECTO COLOSAL PARA LA GRAN ARGENTINA

RECORDANDO A SARMIENTO



LOS ALEMANES DEL VOLGA en las colonias de Entre Ríos

por VERONICA FERNANDEZ ARMESTO



Entre los grupos de inmigrantes que ingresaron al país a partir de 1878, los llamados rusoalemanes —provenientes de un doble proceso migratorio, que los llevó de su Alemania natal a las estepas rusas para terminar luego en América del Sur— constituyen una cultura muy singular que se reflejó en el proceso de colonización y adaptación a la nueva tierra.

La denominación alemanes del Volga o ruso-alemanes alude a la particular historia de este pueblo, que debió emigrar dos veces desde su Alemania natal: a Rusia inicialmente, y luego de cien años, hacia América[1]. Muchos de sus descendientes consideran más correcta la primera designación, en tanto reconoce el origen germano y no los confunde con los rusos, hacia los cuales existe una mezcla de subestimación y de resentimiento por los años padecidos en las estepas. Además, porque este término fue utilizado como mote peyorativo por otros grupos para aludir a la supuesta ignorancia de los alemanes del Volga.

Las continuas guerras del siglo XVIII fueron agotando los recursos europeos en hombres, bienes y tierras. En el centro de Alemania, el aumento de los impuestos, los campos incultos, las malas cosechas y consiguientemente el hambre y la miseria, fueron el epílogo de una situación cada vez más tensa, transformada en intolerancia religiosa y política. Mientras tanto, en la lejana Rusia ceñía la corona imperial la princesa alemana Catalina II de Anhalt-Zerbet (llamada luego "la Grande"), quien se propuso sacar al país del atraso en que se hallaba sumergido, entre otras medidas, haciendo producir las regiones marginales del imperio, incultas y azotadas por las continuas correrías de las tribus nómades de las estepas y fugitivos de la ley. En dos edictos, de 1762 y 1763, multiplicó promesas de tierras, exención de impuestos y del servicio militar, adelantos de dinero para el establecimiento, además de una serie de beneficios y ayudas por parte del gobierno, a cambio de crear asentamientos permanentes en la frontera y dedicarse exclusivamente a la agricultura[2].

Las colonias madres fueron fundadas entre 1764 y 1767, en la margen más alta del Volga; a partir de allí, los poblados se multiplicaron también en la ribera baja. Saratov fue considerada la capital de los alemanes en Rusia. Mientras que la región colonizada del Volga pasó a ser importante productora de cereales, trigo en especial. Sus habitantes conservaban tenazmente las costumbres y la lengua dialectal



Familia Seilich posando ante un cortinado estampado, para el fotógrafo local. La llegada de los primeros inmigrantes alemanes del Volga comenzó a fines de 1870, sin tenerse datos exactos sobre la cantidad que arribó a estas tierras.

—de acuerdo a la zona de procedencia—, aunque con la incorporación de ciertos vocablos rusos. Según Olga Weyne, "el Volga se detuvo... en el siglo XVIII"[3], permaneciendo vigentes las formas culturales en uso en Alemania al tiempo de la emigración.

Lo que quedó inalterable en las colonias de Rusia y luego en nuestro país, fue el fervor religioso, en su versión católica o protestante, ligada estrechamente a la educación a través del *schulmeister*, en cuanto maestro de religión y de conocimientos básicos, y el culto al trabajo como fuente de progreso material y social.

Casi se han borrado de la memoria colectiva los hechos de la vida o la partida de Alemania. Sin embargo, las personas más ancianas de la comunidad debieron soportar en Rusia, esencialmente por falta de adaptación al clima frío y a los recursos del medio, la escasez de leña para la calefacción, las malas cosechas por el congelamiento de las semillas, las enfermedades, la precariedad de las casas, las revueltas sociales en el Imperio, (como la de Pugachev, que sembró el terror en la zona de las colonias), y la inseguridad. Repetidamente se recuerdan tres hechos, pues fueron los determinantes para emigrar de nuevo: la aplicación del MIR (sistema de redistribución obligatoria de las tierras por parte del Estado, de acuerdo a la cantidad de hijos varones de cada familia), el incumplimiento de las promesas imperiales, sobre todo en lo referente al servicio militar, y el terror producido por los continuos ataques de tártaros, kalmukos y quirkisios, nómades que en sus razzias dejaban un saldo de muertes, robos de ganado, mujeres y niños. Varias décadas después del asentamiento en nuestro país, perduraba aún la costumbre de no abandonar la casa por demasiado tiempo, o dejar a alguien cuidándola, especialmente durante los servicios religiosos (en Rusia los ataques se realizaban aprovechando que la comunidad se encontraba reunida en las iglesias), o incluso vivir las horas de la noche con expectante temor de ser atacados (claro que aquí se temía a *die schwarze*, los "negros" o criollos).

Particularmente traumático para las colonias de alemanes en el Volga fue la revolución de 1917, por cuanto significó la expropiación de las tierras, base fundamental de su sostenimiento material y moral, y comenzó un período de disturbios muy contrario al espíritu pacífico de los colonos.

Por este motivo (historias de destierros a Siberia, muertes por hambre y ajusticiamientos por negarse a participar de la revolución, son los casos más comúnmente recordados por los descendientes), y probablemente por estar desde siempre muy ligada la economía a la pequeña propiedad, los alemanes del Volga forjaron en los primeros días de las colonias argentinas una postura decididamente anticomunista[4]. Incluso en los estratos

menos informados de la comunidad, al evocar la vida en Rusia se utiliza el término "bolchevique" como sinónimo de bárbaro o salvaje.

En relación a las ideologías en boga en la Europa de la Segunda Guerra Mundial, no he encontrado, a nivel aldea, una orientación filo nazi. Téngase en cuenta que estas colonias fueron —y en algunos casos continúan siendo— rurales, lo cual era sinónimo de aislamiento por falta de caminos transitables, por los medios de transporte inseguros y lentos y por desconocimiento del idioma en las personas de más edad (aún hoy, existen ancianos que apenas hablan el castellano).

En las aldeas pequeñas la población campesina vivía casi al margen de los acontecimientos europeos, máxime considerando que ellos habían pasado, antes de llegar a la Argentina, cien años o más en Rusia, lo cual puede haber influido en el sentido de atenuar el sentimiento fervoroso de pertenencia a Alemania. Diferente fue el caso, sin duda, de poblaciones más grandes, más cercanas a centros importantes, de personas más informadas, o de emigrados recientes de Alemania, vinculados a la actualidad conflictiva de ese momento. No obstante, esta afirmación proviene de la evaluación hecha a partir de entrevistas personales; faltan estudios profundos sobre el tema del nazismo en las colonias ruso-alemanas de Entre Ríos[5].

LA AMERICA DE LOS SUEÑOS

A partir de 1870 comenzaron a salir los primeros grupos de alemanes del Volga hacia los Estados Unidos, país que por aquellos años necesitaba agricultores para colonizar las fértiles tierras del centro y oeste norteamericano. Por su parte, los colonos se sintieron atraídos por las amplias posibilidades que ese suelo ofrecía a la agricultura. Aproximadamente hacia la misma época, pero en menor cantidad, grupos ruso-alemanes llegaron a Canadá y a Brasil. Particularmente en este país, el Emperador Pedro II había alentado la llegada de colonos europeos, ofreciendo ventajosas condiciones de instalación. Si bien algunos grupos permanecieron definitivamente en los estados del sur, según un protagonista, "era imposible trabajar. El clima tropical del Brasil era un cambio demasiado brusco para hombres que habían vivido siempre en una zona donde el frío alcanzaba en invierno a 20 grados. Cada palmo de tierra debía ganarse a la selva con el hacha; los insectos y reptiles, además del constante peligro del cólera, desanimaron pronto a los colonos que trataban de abandonar al Brasil por todos los medios"[6].

Aunque en proporción infinitamente menor, y ya en los primeros decenios de 1900, colonos ruso-alemanes de confesión menonita se asentaron en Paraguay y Bolivia, dedicándose también a la agricultura.

LAS PUERTAS ABIERTAS

El gobierno de Avellaneda promulgó en 1876 la Ley de Inmigración, con el objeto de auspiciar y proteger la llegada de colonos a nuestro país, desde su alojamiento en el Hotel de Inmigrantes hasta su traslado, concesión y asentamiento en tierras del Estado. Pero la colonización oficial se vio pronto obstaculizada por las dificultades económicas de la época, la implementación defectuosa de las cláusulas de la ley, los imprevistos, malos manejos y especulaciones de funcionarios más inclinados al interés personal que al bien público. Más allá de las polémicas en cuanto a su contenido e ideología, lo cierto es que cuando se aplicó correctamente, dio prósperos resultados: General Suárez (colonia Hinojo), en la provincia de Buenos Aires o colonia Alvear en Entre Ríos, son fecundos ejemplos de las primeras prácticas de colonización estatal[7].

En la mentalidad de la Generación del Ochenta, no cualquier grupo inmigratorio merecía la pena; sólo quienes tenían arraigado el hábito del trabajo y la laboriosidad debían venir a sembrar nuestros suelos, precisamente los habitantes del norte de Europa. Por eso, cuando en 1877 tres enviados ruso-alemanes se entrevistaron en París con el Comisario General de Colonización, Carlos Calvo, el ministro del Interior argentino afirmaba que "...es de la mayor trascendencia ... en la historia de la nación argentina, porque es la primera vez que se desprende una expedición tan numerosa del norte de Europa para venir a esta parte de la tierra a levantar sus hogares"[8].

Las condiciones acordadas entre los delegados y el gobierno establecieron: exención impositiva por dos años, manutención por un año en calidad de préstamo, la concesión de seis millas de campo en Santa Fe o Buenos Aires a dividirse en lotes individuales, pagaderos en diez años sin interés, educación en castellano sostenida por el Estado y libertad de culto, entre las principales cláusulas[9].

A partir de 1878, fecha de la fundación en nuestro país de la colonia Hinojo, los contingentes posteriores se dirigieron al sur de la provincia de Buenos Aires y La Pampa, siempre teniendo en vista la necesidad de tierras aptas para la agricultura. Fundaron, de norte a sur: Winifrida, M. Mayer, Quemuquemú, E. Castex, Alpachiri, Guatraché, Jacinto Aráuz, San Martín, la colonia Santa Teresa y Bernasconi[10], entre otras. Con la crisis económico-social de los años 30, las sequías, unidas al problema de la reducción de las parcelas por la subdivisión entre los herederos, muchos grupos decidieron trasladarse por última vez hacia Chaco (Juan José Castelli y La Florida), y hacia la zona oeste y sur del Gran Buenos Aires (Munro, Villa Ballester, Ramos Mejía, Morón, Lomas de Zamora, Lanús).

LA POBLACION QUE RECIBIO A LOS ALEMANES DEL VOLGA

Relatos de sus protagonistas

El sentido comunitario de los alemanes del Volga se plasmó en la asociación cooperativa, una fecunda iniciativa cuyos objetivos eran la defensa de los precios, la provisión de enseres agrícolas y de seguros para las cosechas, y sobre todo el asesoramiento técnico y jurídico para las transacciones de compra y venta, para las cuales los colonos se hallaban en desventaja por el escaso manejo del idioma.

La Memoria y Balance del año 1939 de una cooperativa fundada por colonos ruso-alemanes en la ciudad de Crespo, contiene valiosos testimonios en base a entrevistas a inmigrantes alemanes del Volga e Italianos asentados en la zona, y a antiguos pobladores criollos, además de datos de interés como propagandas de la época, fotos y comentarios de acontecimientos especiales, etc.

Como herencia de la época de la colonia habían quedado grandes extensiones de tierra en pocas manos, régimen éste que el gobierno trató de corregir, con resultados dispares. Relataba don Benito Pérez[26], nacido en 1859, con respecto a la situación anterior a la llegada de los inmigrantes:

"Antes la gente era dueña del campo hasta donde le alcanzaba la vista. Había dos o tres estancias inmensas y se permitía levantar rancho a cualquiera. No se conocían títulos y contribuciones. Después, cuando había que pagar impuestos, naides quería ser propietario de la tierra y se las arreglaba el estanciero que decía tener títulos del rey."

El cambio de una economía básicamente ganadera a otra agrícola era visto por uno de los protagonistas con claridad y aun con cierta nostalgia por los tiempos idos. Continúa relatando Pérez: "Le viá ser franco, amigo: sembrar la tierra no convenía en aquellos tiempos [antes del arribo de los inmigrantes] porque ¡qué diablos podía hacerse faltando los instrumentos y rajuñar el suelo con unas raíces de árboles con su tronco como arado! (...)

"Los criollos nos conchabábamos de troperos y puesteros. En tiempos de la esquila y yerra se hacían unos 'riales' que alcanzaban para vicios. La hacienda se compraba y vendía sin papelitos ni tránsitos. Para comer daban los animales y lo demás el bolichero. Se sembraba bien poco. El criollo avanzao araba cuatro cuadras, si mucho, y sembraba trigo anchuelo, maíz y alguna hortaliza. No valía la pena sembrar mucho porque no se sabía dónde venderlo."

Aquella economía precaria, de subsistencia, producto en parte de la particular historia de la provincia y del gran aislamiento en que estuvo sumida hasta no hace tanto tiempo (los ríos que la rodean resultaron más bien un impedimento que un medio de comunicación para las personas que habitaban en su interior), vivía al margen de los vaivenes políticos que pulsaban la vida del país.

Pesos, reales, libras, bolivianos...la moneda: "Lo que antes valía era la plata de 'lay', plata legítima de Bolivia, plata vieja como se dio a llamarla hoy en día. El 'cuarto boliviano' era una moneda de plata legítima, tamaño de veinte centavos de aura. Nosotros necesitábamos de moneda más menuda, y partíamos en cuatro partes 'el boliviano' y así resultaban los 'cuatro riales'. Ricuerdo que circulaba un billete moneda, parecido al papel de aura. Era de Buenos Aires y decía que valía un peso. ¡De ande, malaya! Usted se iba a la pulpería a comprar una libra de yerba con un papel de esos y debía agregarle un rial de cuatro bolivianos para que así tuviera cinco centavos."

Testimonios extraídos de: "Memoria y Balance del 29º ejercicio", S.A. La Agrícola Regional Sociedad de Agricultores Limitada, Villa Crespo, Imprenta del Litoral, 1939, p. 149-157.

Es incierto el número total de inmigrantes alemanes del Volga, dada la imprecisión de los datos estadísticos registrados por Migraciones: en algunos casos, no se especifica si son alemanes procedentes de Alemania o del Volga; como rusos también figuran los inmigrantes judíos que salieron de Rusia... Confusión ésta, como ya se dijo, profundamente aborrecida entre sus descendientes, pues luego de los sufrimientos experimentados en las estepas rusas, sentían una mezcla de desprecio y rencor hacia sus perseguidores. Irónicamente, los años pasados allí habían dejado su huella en ciertos rasgos de la cultura, razón por la cual los alemanes directos se resistían a aceptarlos como miembros de su comunidad por considerarlos atrasados y "no puros".

La llegada al país representó para este grupo una seria crisis de identidad.

LAS PRADERAS DE ENTRE RIOS

Las ideas alberdianas sobre libre navegación, libertad de comercio e inmigración habían sido bien aprendidas por Justo José de Urquiza. Precisamente, fue él quien propició la fundación de las primeras colonias: Esperanza en Santa Fe, San José y Las Conchas, en Entre Ríos.

En esta última, la posesión de la tierra constituía un serio problema. Desde la época de la colonia, la provincia había servido para pagar prebendas, amistades políticas o premios a las victorias militares, a raíz de lo cual se fueron formando grandes propiedades, dedicadas casi exclusivamente a la ganadería. Los terratenientes permitían el asentamiento de pobladores en sus campos para el trabajo de peones o troperos. El resto se repartía en las vastas tierras fiscales, o los escasos centros poblados.

A partir de 1860 el gobierno provincial comenzó a preocuparse por crear una legislación para ordenar el régimen de posesión de la tierra y evitar así la evasión de tributos al estado, las condiciones de la cesión en arrendamiento y la venta de los terrenos fiscales. Estaba clara desde el principio la opinión favorable de Urquiza hacia la inmigración; además, las colonias ya fundadas eran antecedentes exitosos. No obstante, la colonización del territorio se vio obstaculizada los años siguientes por los desórdenes políticos producidos por los intentos de López Jordán para tomar el poder. Asimismo, la ocupación ilegal de terrenos y la costumbre de repartir tierras públicas "por darse vuelta", o como premio militar, por ejemplo, en la Guerra del Paraguay, había dejado un saldo de nuevos propietarios para nada preocupados por cultivar las tierras, entorpeciendo la labor de colonización del gobierno.

En Entre Ríos, el traspaso de las tierras a los colonos se realizó de diversas maneras: la primera, mediante la expropiación de tierras por parte del Estado. Es el caso del primer asentamiento de alemanes del Volga, en General Alvear. Paralelamente a la gestión oficial, y en la medida que se entorpecía su funcionamiento, numerosas compañías privadas —como en el caso de las colonias judías— fueron las intermediarias entre los colonos y los propietarios particulares que vendían parcelas. Después de 1880 las cláusulas de la Ley de Inmigración en cuanto a ayuda y tierras dejaron de aplicarse. La compra mancomunada de tierra mediante la asociación de un grupo de colonos fue una práctica que se verificó frecuentemente entre los alemanes del Volga, y les permitió convertirse en propietarios inmediatos, pagando además un mejor precio por una considerable extensión de campo que luego se repartían para formar nuevos centros habitados, de población exclusivamente alemana. Rezaban los anuncios: "Los grandes negocios como yá no se vén. Se venden cuatro cientas cuadras de rico terreno inmediato a la colonia de los rusos, campos fertilísimos y en exelente pocesion (sic), propios para agricultura, situados en el departamento Paraná, distrito 'Espinillo'. Para tratar dirigirse a la casa de don Agustín Godoy. Es una pichincha como hay pocas".[11]

Este sistema creó una diferencia entre los colonos que lograron ser propietarios —por entrega del Estado o por compra mancomunada— y los que llegaron con posterioridad, cuando ya el valor de las parcelas había aumentado hasta tres veces; terminaron siendo arrendatarios de los terratenientes. El precio que debían pagar era un porcentaje de la cosecha, nunca menor al 20 % del total. Comenzaba así un círculo vicioso, en donde el colono trataba de invertir lo menos posible en mejorar algo que no le pertenecía, y como la tierra se valorizaba en forma creciente, nunca lograba reunir el dinero para comprar la parcela. Hasta tanto no se cosechase, todo lo que la familia necesitaba debía fiarse al proveedor, con los lógicos riesgos para ambos en caso de mala cosecha: no poder pagar ni cobrar. Se llegaban a extremos en que los colonos veían embargados los cultivos, las máquinas, y la tierra en caso de que las tuvieran. Entonces comenzaban las migraciones golondrina a otras provincias en tiempos de cosecha, o de peones en las estancias.[12]

A pesar de las convulsiones políticas y económicas, los últimos años del siglo XIX representaron para Entre Ríos una modificación de costumbres, instituciones y paisajes. A partir de 1883, los campos empezaron a ser surcados por el Ferrocarril Central Entrerriano (construido mediante empréstito de The Entre Ríos Railway Company Limited, a la que en 1889 debió transferirse por incumplimiento de los pagos), surgiendo a su vera incipientes poblados. Los colonos comenzaron a labrar la tierra, relegando la ganadería a actividad secundaria, generalmente en manos de criollos. La convivencia pacífica se hacía indispensable, aunque la aceptación del "otro" no se logró hasta varias décadas después.

¿Por qué los alemanes del Volga eligieron Entre Ríos? Evidentemente por las posibilidades que brindaba la tierra para la agricultura, la cercanía de los ríos, la abundancia de madera, y fundamentalmente, las cartas de quienes ya se habían asentado y llamaban a sus familiares, donde se comentaban las bondades del suelo y del clima, y las promesas del gobierno argentino.

Desde 1875 habían llegado a Brasil, atraídos por similar correspondencia, un grupo de inmigrantes ruso-alemanes que de inmediato comprobó que las condiciones distaban mucho de ser las imaginadas.

En Brasil se encontraron con otro colono, Andreas Basgall, quien habiendo ya recorrido la Argentina, recomendó calurosamente el asentamiento en este país. Formada una comisión para tratar con el gobier-

Estos alemanes eligieron Entre Ríos debido a las posibilidades que les brindaba la tierra, la cercanía de ríos y las promesas del gobierno argentino. La cosecha requería del trabajo de muchos hombres, aun cuando se contase con la ayuda de la trilladora a vapor Clayton, como la que muestra la fotografía.



no, se firmó en 1877 un contrato para formalizar el traslado de los colonos residentes en el Brasil, y de los que llegaran en el futuro, por el cual obtenían los beneficios estipulados por la Ley de Inmigración. Las familias provenientes del Brasil se dirigieron entonces a la provincia de Buenos Aires, donde fundaron la primera colonia, Hinojo, mientras comenzaron a llegar al puerto otros grupos de alemanes del Volga que, por equivocación, y sin tener conocimiento del convenio firmado con el gobierno, pretendían asentarse en Brasil, según lo habían planificado de antemano. No obstante, fueron persuadidos de permanecer, habida cuenta del ya cuantioso contingente establecido en el país.

Fue así que el gobierno nacional decidió enviarlos a colonizar la zona de General Alvear, en el departamento Diamante de la provincia de Entre Ríos, siendo el administrador que hacía las veces de juez, el ex mayor Samuel Navarro. Se enajenó una extensión aproximada de 20.000 hectáreas para constituir la aldea, y, luego de permanecer alojados algunas semanas en galpones del puerto de Diamante hasta que se efectuara la mensura y subdivisión de las parcelas, cada familia fue "invitada" a trasladarse a su respectiva propiedad. Tuvo lugar entonces el primer enfrentamiento entre los colonos y el administrador, pues "Practicado el sorteo de las chacras y adjudicada a cada familia la que le correspondía (...) pocos días después se reconcentraron a tres o cuatro puntos sobre los arroyos, formando agrupaciones caprichosas. Este mal proceder por parte de los ruso-alemanes, con flagrante infracción de las leyes de la provincia, ocasionó que el Secretario de Inmigración y el que suscribe, trasladándose varias veces a sus adures o agrupaciones, les manifestásemos lo impropio de su conducta (...) En vista de estos abusos intolerables, he tratado de adoptar, de acuerdo con la administración nacional de la Colonia, medidas de un carácter serio que sirviesen de coto a tan estrafalarios propósitos".[13]

Los "estrafalarios propósitos" tenían su origen en la práctica medieval europea de formar aldeas, repetida luego en Rusia, por motivos de índole social —ayuda mutua y proximidad a los dos centros claves de la comunidad: la iglesia y la escuela—, y por motivos de seguridad. Ni siquiera aceptaron agruparse en los ángulos de los campos, sugerencia hecha por los funcionarios argentinos, y luego de largas negociaciones y amenazas mutuas, fueron librados a su propia suerte. Se formaron comunidades de acuerdo a las colonias de origen en Rusia, y a su vez, separadas por credo religioso. El mismo año del asentamiento el cultivo de los campos suscitaba buenos comentarios.

Y tan buenas resultaron las dos primeras cosechas, que los colonos pudieron cancelar en ese término su deuda con el gobierno, convirtiéndose en propietarios exclusivos de la tierra que cultivaban, habiendo superado los obstáculos que representaban la extrema dureza de un terreno que nunca había sido roturado, y paralelamente, la falta de arados de hierro.

En los siguientes años, los contingentes que llegaban a Alvear, debían dirigirse al interior de la provincia en busca de nuevas tierras. Mencionando someramente algunas de las muchas colonias en la provincia, los departamentos de mayor radicación de alemanes del Volga fueron: Paraná (aldea San José, a un kilómetro de la estación Crespo), San Rafael, Santa Rosa, Eigenfeld, Spazenkutter, San Miguel, San Juan, Colonia Merou, Santa María y María Luisa, las cuales adoptaron la forma de compra mancomunada de las tierras), Nogoyá (Centenario, La Llave, Esperanza, San Simón, Santa María), Rosario del Tala, Diamante (Valle María, Aldea Protestante, Aldea Brasilera, Puigari), Concepción del Uruguay (Santa Anita) Gualeguay y Gualeguaychú (San Antonio, San Juan, Santa Celia).[14]

LA VIDA EN LAS COLONIAS

Eminentemente rural, la vida familiar y social en las colonias se organizaba en función del trabajo del campo. En Rusia el MIR esta-

blecía la herencia a todos los hijos varones (las mujeres quedaban excluidas); en la Argentina se practicó la cesión por partes iguales a cada hijo, aunque las decisiones eran tomadas de acuerdo al sistema patriarcal.

"Los varones tenían privilegios sobre las mujeres y la voluntad del padre o del abuelo era inapelable. El jefe de la familia, 'el patriarca', administraba el dinero, ordenaba las tareas a cumplir y dirigía —basado en su experiencia— toda la empresa familiar; el hijo mayor era el único que lo podía reemplazar".[15]

Usualmente, las parcelas otorgadas a las hijas mujeres solteras eran trabajadas por los hermanos en forma mancomunada, que de esta manera lograban aumentar la superficie cultivada. Era común también el arrendamiento de campos o el trabajo de caseros —los matrimonios— por lo general al comienzo, hasta lograr recaudar lo suficiente para adquirir las primeras hectáreas propias.

El progresivo fraccionamiento del suelo empujó al éxodo a muchos habitantes de las aldeas, sobre todo a las grandes ciudades. El abandono de los campos se convirtió casi siempre en un viaje sin retorno; después de vender las pocas propiedades de que disponían, volvían sólo de visita, o quizá, ocasionalmente, en los años de vejez en busca de la tranquilidad aldeana. Este proceso tendió a revertirse posteriormente con la diversificación económica: no sólo los cultivos tradicionales —trigo, lino, maíz—, sino también ganadería y tambo, cría de conejos y fundamentalmente avicultura. De esta manera, y manteniendo un difícil equilibrio, las pequeñas propiedades se transformaban en unidades económicas que intentaban paliar la baja de los precios en un sector, mediante la intensificación de la producción en otro.

Los hijos —varones y mujeres— debían ayudar en las faenas agrícolas desde los ocho o nueve años con las tareas más livianas, como deschalar maíz, coser las bolsas para el cereal o pastorear los animales; esto implicaba en muchos casos perder las clases escolares, al menos durante los períodos de mayor trabajo. Además, eran necesarios arrieros, maquinistas, foguistas, horquilleros, aguateros y cocineros para levantar la cosecha en las grandes extensiones.

Trabajo de sol a sol, base del sustento familiar, las cosechas podían malograrse por razones climáticas o por las temidas plagas de langostas.

En algunos casos, el gobierno comunal implementaba la compra por kilo de larvas, en un intento, con resultados ineficaces, de evitar su propagación.

Los azares del clima bendecían o condenaban un año de labor. Procesiones y ruegos especiales eran el único recurso que quedaba ante lo inevitable: la pérdida de la cosecha, y con ella, el endeudamiento y la ruina. En el año 1932, especialmente seco, se publicaba en un semanario parroquial: "La cosecha actual encontró a nuestros colonos desprovistos de recursos propios para hacer frente a los gastos que demanda la recolección, trilla y bolsas.

Debieron, por consiguiente, acudir a préstamos bancarios o hipotecarios, cuyos vencimientos se aproximan. El colono debe vender, y con los precios que rigen actualmente, unido a un rendimiento que en muchas chacras fue mediano, su cosecha, después de entregado el porcentaje al arrendamiento, pagada la trilla y bolsas y descontada la semilla por la ley 11.170, queda reducida a una insignificancia que en la mayoría de los casos, no alcanza a cubrir la mitad de la deuda de arrendamiento del año anterior, ni pensar siquiera pueden en pagar la semilla que muchos debieron adquirir en casas de comercio, lo mismo que sus cuentas pendientes por alimentos suministrados durante el año".[16] El cultivo de los campos entrerrianos por parte de los alemanes del Volga implicó una transformación fundamental en la fisonomía del territorio y el carácter de la economía regional, pasándose de la ganadería a la agricultura como actividad principal, y del latifundio a la pequeña propiedad como unidad productiva. Las dificultades se sortearon con una tenacidad inquebrantable y con un amor al trabajo característico de este grupo racial, unido a un fuerte apego a la comunidad, el respeto por sus mayores y las tradiciones, y una religiosidad inseparable de la vida cotidiana. El campo, la aldea y la iglesia son los tres puntos de referencia cardinales de los alemanes del Volga.

LA ALDEA

Los alemanes del Volga se asentaron desde el comienzo en núcleos comunales, originando las características aldehuelas de aspecto europeo. La fisonomía original de las aldeas más pequeñas se ha mantenido casi inalterado hasta hoy. Según Alejo Peyret, quien las visitó a fines del siglo XIX, "Una ancha calle central divide la aldea en dos partes, más o menos iguales. Allí viven las familias con sus gansos, sus gallinas, sus cerdos y sus vacunos y sus yeguarizos. Los gansos, los cerdos y las gallinas pasean por las calles, pero los animales vacunos son llevados al amanecer por un pastor colectivo pagado por la comunidad.

"Los niños abundan en las aldeas; aquello es un hormiguero de cabezas rubias, que juguetean delante de cada casa".[17]

La planta de la colonia presentaba un trazado en damero propio de la distribución que surgía luego del reparto por compra o cesión de la tierra. Se ingresaba por una calle principal que accedía al centro del poblado, donde se hallaba la iglesia (protestante o católica) frente a la única plaza pública; existían además terrenos baldíos, para el pastoreo común de los animales. Tanto



Estructura típica de la vivienda de los alemanes del Volga.

a la entrada como a la salida de la zona poblada, se colocaba, en las aldeas católicas, una cruz o una imagen religiosa, con el propósito de lograr la protección celeste dentro de los límites habitados.

El aislamiento geográfico de las aldeas se agravaba por la dificultad de los caminos de tierra, que con las lluvias se hacían intransitables para cualquier tipo de transporte, excepto los caballos. Los nacimientos, la enfermedad, incluso la muerte, eran acontecimientos de por sí traumáticos que se sumaban —si llovía— a la angustiosa empresa de buscar al médico, sacar la cosecha, comprar provisiones, etc.

La vida aldeana veía interrumpir su monotonía con las periódicas visitas de los vendedores ambulantes, los "turcos" —aunque no lo fueran todos—, quienes proveían una amplia variedad de artículos. En sus orígenes, la aldea se organizaba políticamente con "un consejo electivo compuesto de tres individuos, nombrados por los jefes de familia, un presidente llamado forster y dos vocales. El sábado se verifica la asamblea general de padres de familia, asistiendo también las mujeres. Los jefes de familia tienen voz consultiva; el consejo es el solo que decide, después de haber escuchado los pareceres de todos".[18]

La costumbre de deliberación comunitaria se fue perdiendo con el tiempo; actualmente sólo las aldeas más pequeñas poseen Junta de Gobierno, dependiente del municipio más cercano; las demás, en general, se han convertido en ciudades con comuna propia.

En cuanto a la arquitectura doméstica, baste decir que la casa, ámbito natural de la mujer, cerrada hacia el exterior (quizá pueda verse aquí nuevamente una delimitación espacial como la mencionada para las aldeas), cobijadora en su seno, traduce en un lenguaje visual un retraimiento típico en la postura personal de este grupo, producto, quizá de la "fractura mental"[19] que implicaron las dos inmigraciones que debieron soportar, sumadas a las actitudes incomprensivas de los nativos y a la natural timidez de esta gente. Precisamente, el rasgo arquitectónico más característico es que "La vivienda carece de puertas que den directamente al exterior, desde el o los frentes. El acceso es siempre lateral, a través de la galería, lo que debe interpretarse como un rasgo más de la introversión de los miembros de esta etnia".[20] La primera vivienda que los alemanes del Volga construyeron al llegar, desconociendo el clima y con quiénes deberían enfrentarse, fue subterránea, siguiendo patrones ya utilizados en Rusia. Se accedía por medio de una escalera excavada en el suelo a un recinto rectangular cuyo techo, de madera y paja, superaba el nivel circundante para evitar la filtración del agua de lluvia. Esto originó una población, de la que nada queda, conocida como "aldea viscacheras", haciendo alusión al carácter semisubterráneo de las viviendas.

Posteriormente, surgió una tipología más coherente con las necesidades de la vida aldeana, en forma rectangular o de L, en cuya dependencia más importante por su tamaño y ubicación, la cocina, la mujer realizaba también las labores manuales, los hijos estudiaban o jugaban, y todos juntos comían y rezaban. La despensa y el sótano —para almacenar las conservas y todos aquellos preparados que necesitaran temperatura uniforme— eran estancias anexas vinculadas a la economía doméstica.

Los dos rasgos diferenciales de la vivienda alemana del Volga, son la preocupación por la conservación de la energía, lo que delata su origen en un clima frío: utilización de madera —por su carácter aislante— en el piso y cielorraso, ventanas pequeñas, utilización del calor producido por el horno de barro, cuya boca daba a la cocina, etc. Además, del techo a cuatro aguas sobresalían unas aberturas para ventilación del entretecho, las típicas *tchalupkas*.[21]

LA IGLESIA

La arquitectura de los templos es el resultado del empleo de los estilos románico y gótico alemanes, cuyos ejemplos se recordaban aún, sumado a la adaptación al medio, a las posibilidades de sustentación y a los materiales disponibles.

La iglesia formaba el centro neurálgico de la vida social aldeana, pues el atrio era el lugar de encuentro y reunión, y la salida de la misa o la asamblea, la oportunidad de los muchachos de intercambiar alguna mirada o palabra amable a las

blondas señoritas que, por otra parte, estaban rigurosamente vigiladas por padres y madres.

Todas las confesiones compartían criterios religiosos considerablemente estrictos. La asistencia al culto era respetada incluso cuando se debía viajar en carro varios kilómetros hasta la iglesia más próxima —aún se conservan las mantas utilizadas en el invierno para proteger a los niños durante las travesías dominicales—. El canto de himnos religiosos —en alemán, por supuesto— y la oración común eran importantes instrumentos para reforzar el sentido de pertenencia a la comunidad. La aceptación cristiana de la voluntad divina, el abandono a la providencia, entre los protestantes, el sentido de predestinación, la presencia amenazante del demonio, el temor al infierno, eran convicciones firmemente arraigadas.

Los casamientos entre católicos y protestantes, o entre alemanes del Volga y criollos, representaban un seria trasgresión a las normas, que prefería evitarse mediante una esmerada concientización desde la infancia, o, frente a los hechos, la prohibición irrevocable de los matrimonios.

La mayoría de las familias católicas contaba con orgullo con uno o más miembros dedicados al servicio eclesiástico. Sacerdotes y religiosas, comúnmente pertenecientes a la orden del Verbo Divino, constituían un grupo aparte dentro de la comunidad por el prestigio de pertenecer a la Iglesia y por las posibilidades brindadas por el estudio y la pastoral o la misión en otras geografías.

LOS HORIZONTES DE LA MUJER

Habitando casi con exclusividad la zona rural, el estilo de vida y las inclinaciones de tipo intelectual y artísticas de los colonos, estaban limitadas por el aislamiento del medio. No he encontrado muchos registros de mujeres que trascendieran las fronteras aldeanas por su actividad en esos campos[22]. Sin embargo, los recuerdos han revivido siempre la imagen adorada de la madre, la esposa o la abuela que, dentro del hogar, organizaba minuciosa y calladamente la vida familiar.

"El padre administraba el dinero que el hijo, ya casado, eventualmente poseía. Cuando los hijos, ya adultos, querían ir al baile, el padre les daba el dinero...pero tenían que devolverle lo que sobraba. Había gran respeto para los abuelos, los padres y los mayores en general (...) La madre elegía el género para los vestidos de la nuera y de las nietas...el amo o ama de casa eran los primeros en saludar a las visitas".[23]

Las niñas alternaban entre las actividades del campo, la escuela y los quehaceres domésticos, tareas en las que progresivamente iban reemplazando a la madre. La limpieza de la casa, la atención de las aves de corral, la elaboración de los derivados de la leche, eran actividades que comenzaban temprano a la mañana. La tarde concluía con las labores de costura y bordado (conocimientos indispensables para comenzar a confeccionar en el caso de las hijas, el ajuar de casamiento). En general, la ropa de la familia se hacía en casa, con excepción de aquella prenda con más pretensiones utilizada solamente para fiestas, que se compraba en alguna ciudad vecina. La indumentaria de los hombres prontamente se adaptó a las tareas rurales, siendo similar a la usada por otros grupos. La ropa femenina se distinguió siempre por la sobriedad: vestidos oscuros, a media pierna, delantales y pañuelos de cabeza.



Primeros alumnos del Colegio Sagrado Corazón, de las Hermanas Siervas del Espíritu Santo en la ciudad de Crespo; 1910. Desde el primer asentamiento ruso-alemán en nuestro país se establecieron escuelas bilingües.

El día finalizaba con la abnegada tarea de enseñar las oraciones a los hijos más pequeños y rezar junto a los mayores.

La mujer tenía hijos "hasta que no llegaban más", pues había que recibir los hijos que Dios mandaba.[24] Resultaban así familias numerosas (un promedio de nueve o diez hijos) que se encaminaban, ni bien la edad lo permitía, por la misma senda de trabajo de sus progenitores.

El arte culinario de este grupo presenta una compleja amalgama de tradiciones alemanas y rusas.

Repollo, carne de cerdo, embutidos, pan, manzana, derivados de la leche, eran los alimentos que, elaborados, constituían la base de la alimentación en Alemania. Pero la dieta debió modificarse en las frías estepas rusas para agregar más calorías (como crema, frituras y huevos). Se debía recurrir, además, a comidas que no contuvieran vegetales (de los que se carecía durante las largas nevadas), y en general, utilizando materias primas de escaso valor o que pudieran producirse allí mismo sin necesidad de comprarlas, y que dieran la sensación de "plenitud" (por ejemplo, masa hervida). Resultaba así una "comida de pobres"[25], pero sustanciosa, que permitía soportar los rigores del clima. En las aldeas ruso-alemanas de Entre Ríos se continuó la evolución, agregándose a las comidas la preciada carne (tan escasa en Rusia): lechón al horno era la comida típica de los casamientos. Además de los famosos *pirok* de repollo (preparado de repollo con carne, envueltos en masa de pan, fritos o al horno), de origen ruso, aún hoy se pueden encontrar todo tipo de embutidos, preparaciones con papa y masa de harina, chucrut alemán, e infinidad de tortas con ricota, frutas secas y de estación. Las comidas se acompañaban con un tipo de cerveza, llamada *kwass*.

LA NIÑEZ

Desde el primer asentamiento ruso-alemán en nuestro país se establecieron escuelas bilingües, pues tenían especial interés en que los niños conservaran el idioma materno. El conflicto entre escuela pública en castellano y escuela sustentada por los colonos en alemán, se resolvió en parte mediante la implementación del doble turno, en castellano a la mañana y en alemán por la tarde. En las zonas donde el gobierno no montaba una escuela, los mismos colonos contrataban una maestra, e improvisaban un aula, en un galponcito cedido por algún vecino, o en el caso de los católicos, en una dependencia de la capilla. El maestro gozaba de un prestigio especial, por ser persona que tenía estudios; hacía mucho más que enseñar las nociones básicas. Impartía la doctrina católica, era un consejero, un hombre respetado cuya opinión siempre se escuchaba. Las confesiones protestantes tenían sus propios maestros de religión, quienes enseñaban exclusivamente en alemán. En ocasiones, el no disponer de docentes que hablaran el dialecto alemán, implicaba el atraso en la comprensión, la burla de los demás compañeros, y el consiguiente complejo. El uso de castigos corporales (arrodillarse sobre granos de maíz, golpes en los dedos) y una rigurosa disciplina se aplicaban con el total consentimiento de los padres, para los cuales siempre "el maestro tenía razón".

En las aldeas no había entre los alumnos niños que no fueran alemanes del Volga, pues los criollos o italianos habitaban relativamente distante de los poblados alemanes, y si a esto se suma que cada aldea profesaba una única denominación religiosa, se comprenderá que la relación con el "otro", diferente por costumbres o por fe, no resultara frecuente ni privada de inconvenientes, que iban desde lo doctrinal — "disputas teológicas"— hasta arrojarse piedras lisa y llanamente, quedando de manifiesto el prejuicio despectivo que se tenían mutuamente.

Los juguetes que podían encontrarse entre los niños de las aldeas eran en su mayor parte fabricados por ellos mismos. Usuales eran los huesitos de animales que representaban vacas, caballos y otros animales de granja, y que servían para conformar el corral de palos clavados en el suelo; a esto se agregaban las trilladoras, los autos y otros vehículos. Sólo ocasiones como Navidad merecían la compra de algún juguete especial, aunque lo más común eran las no menos esperadas golosinas y caramelos. La relación con los adultos se fundaba en el respeto, la seriedad (especialmente entre los hombres), y la poca comunicación, aunque con el tiempo las generaciones se acercaban en el relato de la historia oral de sus antepasados a través de sus abuelas.

LAS FIESTAS

Quizá el tema más conflictivo en el proceso de adaptación a nuestro medio, y el que demandó más tiempo en superarse (recién en la actualidad ciertos prejuicios van siendo dejados de lado), fueron las relaciones intergrupales. Por un lado, existió una natural hostilidad de los recién llegados hacia los pobladores nativos, los criollos sobre todo (había menos rechazo hacia otras colectividades, como los italianos, quizá por la razón de compartir la misma experiencia inmigratoria o provenir del mismo continente).

Hasta las primeras décadas de 1900, se vivía con temor hacia los "negros" (a los niños se los asustaba con la llegada de un *spanier*, español o criollo), por motivos no del todo conscientes: se tenía en la memoria colectiva el peligro enfrentado en Rusia con los pueblos nómades; además, recelaban del uso del cuchillo por parte de los criollos, por actividad o para pelea, pero que en cualquier caso se veía como una amenaza. E influía un prejuicio racial hacia lo diferente, el contraste de la piel oscura frente a la extremada rubicundez germana. Una vez asentados en un determinado territorio, los criollos se fueron retirando hacia otros lugares y actividades. Se puso de manifiesto, entonces, un profundo antagonismo entre credos religiosos. Para disuadir posibles matrimonios "mixtos", las madres contaban a sus hijas terribles historias de bebés deformados como castigo divino. "Un veneno", en palabras de un descendiente de alemanes del Vol-

Fiesta de casamiento de las familias Schmidt-Schneider, en la década del 40. Este tipo de evento representaba una de las ocasiones más esperadas por la comunidad. Los padres sugerían los candidatos para sus hijas prefiriendo siempre a los de la comunidad.



centenaria, los jóvenes cantores acostumbraban a recorrer las casas entonando el cántico "Gloria, victoria...", por el cual se esperaba algo de bebida. Conseguida ésta, como agradecimiento y bendición se auspiciaba "...que del cielo herede la gloria..."; si no obtenían nada, el augurio tenía tintes por demás molestos: "...que en el gallinero caiga muerto..."

PRESENTE Y FUTURO

La integración y adaptación plena de los alemanes del Volga al medio social se ha acelerado en los últimos años debido, entre otras causas, al mejoramiento de las calles vecinales de ingreso, que permite una mayor frecuencia en la vinculación con otros centros; la masiva difusión de los medios de comunicación que ha contribuido a homogeneizar los problemas nacionales, las ideas y las modas, la amplia colaboración de las aldeas con ropa y alimentos durante la guerra de Malvinas, hasta la adopción de palabras en inglés o frases usadas por algún programa de televisión.

Pongo a consideración como hipótesis de trabajo la verificación de un proceso inverso en la adaptación de los alemanes del Volga al que se registraba desde el asentamiento en el país, y durante gran parte del siglo XX. Fue una pauta respetada con celo el tratar de conservar las costumbres propias de este grupo, preservando fundamentalmente al grupo de la fusión con otros; se perpetuaban la música, los hábitos domésticos, el dialecto, etc. Por el contrario, observo en la actualidad una tendencia entre los jóvenes a preferir pautas culturales consideradas "típicamente argentinas": la cumbia, el folklore, la superación de prejuicios considerados exagerados o injustos, el progresivo desconocimiento del dialecto por falta de práctica, son elementos que podrían sugerir una necesidad inconsciente de inserción en la sociedad nacional propia de un grupo que, por etnia, clase social o marginalidad geográfica, busca la manera de "argentinizarse" y dejar de sentirse inmigrantes después de tantos años (¡doscientos treinta!) de presión cultural. Ante la actitud de introversión cultural, ahora parece reaccionarse —en general— con el rechazo o la simple indiferencia de las tradiciones de sus mayores.

La Asociación de Alemanes del Volga, creada en 1975, intenta desde entonces nuclear a los descendientes —sin ningún tipo de distinción— y conservar y transmitir las costumbres y el idioma a las jóvenes generaciones.

Entre Ríos ha sido destino de gran cantidad de grupos inmigrantes de diferente origen, desde temprano en la historia argentina. Es materia pendiente definir la identidad provincial, evaluar en qué medida la "entrerrianía" amalgamó costumbres extranjeras a modalidades autóctonas, como paso previo y necesario para contribuir al estudio de las regiones en el marco de un país pluricultural cuya fisonomía sigue sin definirse.

NOTAS

1. La inmigración al país de alemanes del Volga o ruso-alemanes no contó hasta las últimas décadas con bibliografía específica, no obstante ciertas referencias en relación al marco general del período inmigratorio. Recién en los últimos años (el libro clási-

co, Los alemanes del Volga, de Popp y Denning apareció en 1977) han surgido, junto a los relatos intimistas y recuerdos de infancia, las primeras investigaciones históricas científicas.

2. Edicto del 22 de julio de 1763. Citado por: Weyne Olga, *El último puerto*, Buenos Aires, Tesis, 1989, página 4.

3. Idem, Ibídem, p. 64

4. Cf. Popp Victor y Nicolás Denning, *Los alemanes del Volga*, Buenos Aires, Edición de los autores, 1977, página 213.

Además, resultan interesantes los comentarios políticos vertidos en las revistas parroquiales de las colonias, por su contenido y fundamentalmente por ser medio formativo e informativo de amplia difusión.

5. Cf. Sarramone Alberto, *Los abuelos Alemanes del Volga*, Azul, Biblos, 1988. Es uno de los últimos libros aparecidos sobre los alemanes del Volga, con un completo material documental.

6. Relato de Martín Lechmann, cuyo bisabuelo, alemán, fue uno de los primeros colonos en llegar al Volga; había nacido en Rusia y emigrado con su familia a la Argentina vía Brasil. En: Memoria y Balance general del 29º Ejercicio, S.A. La Agrícola Regional Sociedad de Agricultores Limitada, Villa Crespo, Imprenta El Litoral, 1939, página 125.

7. Entre la innumerable bibliografía existente sobre la Ley de Inmigración, sus cláusulas, aplicación y funcionamiento pueden consultarse a Carcano Miguel A., *Evolución histórica del régimen de la tierra pública*, Buenos Aires, Eudeba, 1971; y a Gori Gastón, Inmigración y colonización en Argentina, Buenos Aires, Eudeba, 1977. Además, resultan de lectura obligatoria los libros de Juan Alsina (mencionados en la bibliografía), para lo referente a los primeros datos sobre inmigración en Argentina.

8. Palabras del ministro Saturnino Laspiur. Citado por: Beatriz Bosch, *La colonización de los alemanes del Volga en Entre Ríos*, Buenos Aires, Investigaciones y ensayos Nº 23, ANH, 1977, p. 17

9. Texto del convenio en: Memoria y balance..op.cit, página 85

10. Cf. Weyne Olga...op.cit, página 159.

11. *La Opinión*, Paraná, 1º de enero de 1889

12. Cf. Memoria y balance..., op. cit, p. 93-95.

13. Memoria del Jefe político de Diamante, 20 de diciembre de 1878. En: "Memoria del Ministerio de Gobierno de la provincia de Entre Ríos", Concepción del Uruguay, 1879. Citado por Olga Weyne, *El último puerto*...op.cit, página184.

14. Cf. Popp...op.cit, página 175-176.

15. Popp...op.cit, página 187.

16. *Revista Semanal Adelante*, op.cit, año IV, Nº 111, sábado 20/2/1939

17. Alejo Peyret, "Una visita a las colonias de la República Argentina", tomo 1. Citado por: Reula Filiberto, *Historia de Entre Ríos, política, económica, social, cultural y moral*, tomo 2, Santa Fe, Castellví, 1969, página 58.

18. Alejo Peyret...op. cit., página 58.

19. Weyne Olga, *El último*...op. cit., página 199.

20. Fernández Armesto Juan C., "La vivienda de los alemanes del Volga" En: *Revista Vivienda*, Nº 333, 1990, página 34.

Sobre la vivienda de los alemanes del Volga no existe, que yo sepa, fuera del mencionado artículo, ningún otro estudio técnico al respecto.

21. Fernández Armesto...op.cit. página 33.

22. Sigue existiendo un vacío en la bibliografía existente en cuanto al estudio particular de la mujer alemana del Volga, ya sea en las colonias provinciales, o como parte de la entera comunidad. Por ahora, se debe recurrir a las entrevistas personales para recabar información sobre este tema.

23. Graef Bárbara, "Zur Volkskunde der Russlanddeuschen in Argentinien". En: Arce Facundo, Centenario de colonia "General Alvear", *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Entre Ríos*, Paraná, Biblioteca de la Legislatura Provincial, 1978, página 32.

24. María Jacobi de Pentke, Crespo. Entrevista personal.

25. Mirta Schmidt, Crespo. Entrevista personal.

26. Según el relato de un protagonista, Benito Pérez, criollo: "Había que dejar la tierra a los nuevos dueños. Mienten si dicen que los peliamos. Los criollos nos fuimos retirando poco a poco hacia el monte que estaba a ocho leguas de Crespo. Se había acabao lo de pastorear en cualquier parte. El criollo de estos lados se conchababa en las estancias o en los trenes que se iban construyendo, en las cosechas grandes que producían esas colonias nuevas que nacían por todas partes."

Memoria y Balance...op.cit, página 155.

Todas las imágenes que ilustran esta nota pertenecen al Museo Municipal de la Ciudad de Crespo, Entre Ríos.